

Una carrera importante

Bobby Hanson se despertó con la alarma del reloj. Se dio la vuelta, se puso la almohada encima de la cabeza y trató de volverse a dormir. Todavía no tenía ganas de levantarse. Pero de repente Bobby se acordó que hoy iba a ser un día especial, un día diferente, ¡algo que venía esperando desde hacía mucho tiempo!

Se incorporó de un salto y se puso su ropa de correr que estaba preparada. En el baño se lavó la cara y los dientes y se peinó, pensando en el emocionante evento que iba a suceder.

—Bobby, el desayuno está listo —le llamó su mamá—. Apúrate que nos tenemos que ir pronto.

Bobby se dirigió a la cocina.

—¿Dormiste bien? —le preguntó su mamá.

—¡Uy, sí! —contestó Bobby. Se engulló los huevos con tocino y papas fritas que le había preparado su mamá.

—Bobby, una vez que estés listo y tengas todo en tu mochila, tu papá quiere hablar contigo. Está afuera revisando el auto. Quiere pasar unos minutos contigo antes de irnos.

—¡Está bien, mamá! Gracias por el desayuno, estaba riquísimo.

Bobby tomó sus cosas y fue afuera donde su papá estaba limpiando el maletero.



—¡Buenos días, papá!

—¡Hola, Bobby! ¡Hoy es un gran día! —le dijo su papá, mientras dejaba lo que estaba haciendo y abrazaba a su hijo—. Has trabajado mucho. Has hecho todo lo que podías para prepararte bien y me imagino que debes estar un poco nervioso.

—Sí, estoy un poco nervioso... Espero que hoy me vaya bien.

—Me siento orgulloso de ti. He observado cómo te has preparado para este día y has hecho todo lo que podías. Por eso quiero que sepas que, pase lo que pase en la carrera, a mis ojos ya eres un ganador. No pienses que tienes que ganar el primer puesto para no decepcionarnos. Claro que esperamos que ganes, pero lo más importante es que te has esforzado al máximo, has perseverado en tus entrenamientos.

—Hoy vas a enfrentar una fuerte competencia. No va a ser fácil, pero tu madre y yo queremos que sepas que te apoyamos y te amamos. Admiramos todo el esfuerzo que has hecho entrenando y cualquiera que sea el resultado, ¡vamos a estar orgullosos de ti!

Bobby se sintió aliviado al escuchar esas alentadoras palabras. Se había preocupado acerca de decepcionar a sus padres y no estaba seguro de poder ganar la carrera.

Mientras se subía al auto, pensó: ¡Tengo unos padres maravillosos!

El hermano y la hermana menor de Bobby se sentaron en el auto. Luego llegó mamá y partieron.



Se trataba de la competencia deportiva de sexto grado para todos los colegios de educación primaria de la ciudad. Bobby formaba parte de la selección del Colegio Riverside para correr los 200 metros planos.

Bobby iba pensativo camino a la arena. Pensó en la multitud de gente que iba a estar observando desde las tribunas: incluyendo su familia, amigos y profesores. No podía evitar sentirse nervioso por las muchas personas que lo iban a estar alentando, pero trataba de concentrar sus pensamientos en las animadoras palabras de su papá.

Las competencias deportivas y de pista se iban a llevar a cabo en el parque comunitario de Riverside, cercano al colegio. Bobby conocía muy bien el lugar pues había ido muchas veces a entrenar. Su papá lo acompañaba con frecuencia y le cronometraba el tiempo.

—Bobby, ¿crees que vas a ganar? —le preguntó su hermano menor Daryl—. Yo te voy a estar apoyando. ¡Creo que eres el más rápido!

—¡Vamos a ver cómo me va, Daryl. ¡Pero te aseguro que voy a correr lo más rápido que pueda!

Al llegar al recinto deportivo, Bobby se despidió de su familia mientras iban a buscar asientos en las tribunas y él se unió a su equipo.

El entrenador Maverick les dirigió a los chicos unas palabras antes de las competencias.



—Han entrenado y han trabajado muy bien —les dijo—. Son un buen equipo. Si bien vamos a participar en diferentes disciplinas, todavía somos un equipo. Ustedes han sido escogidos para representar a Riverside y muchas personas estarán observando. Me imagino que estarán bastante nerviosos. Pero ahora quiero que se olviden de la gente que está mirando y de ganar o perder. Solo quiero que se diviertan, ¡salgan y esfuércense al máximo!

Mientras Bobby se ajustaba las zapatillas de atletismo, dedicó unos momentos para orar.

—Querido Jesús, por favor, ayúdame a esforzarme al máximo y a no preocuparme por si gano o pierdo. Ayúdame a no sentirme nervioso y, por favor, ayúdame a no decepcionar a mis padres, al colegio, al entrenador ni a mis compañeros.

Al dirigirse Bobby hacia el punto de partida, notó que había una gran concurrencia: había mucha gente y mucha emoción. Todos vitoreaban mientras se llevaban a cabo las distintas competencias. Todo parecía un poco abrumador.

Por altoparlantes se escuchó la voz del anunciador:

—Damas y caballeros, la siguiente competencia será... la de los 200 metros planos.

Ese era el aviso para Bobby. Se puso en posición y esperó la señal de partida.

Al observar a los otros siete chicos en la línea de partida, se puso a pensar que probablemente ellos también se sentían como él, nerviosos, ansiosos y con muchas ganas de ganar para complacer a su familia, amigos y colegio. Se sacó de encima esos pensamientos.



Debería concentrar mis pensamientos en ganar, no en cómo se sentirán los otros chicos. Se encogió de hombros y procuró concentrarse en la carrera que tenía por delante.

—La carrera de los 200 metros va a comenzar —dijo la voz del anunciador deportivo, que retumbó en todo el recinto.

Al sonido del disparo de salida, los chicos se lanzaron a correr. Bobby se había entrenado vigorosamente y eso estaba dando resultado. Era un chico fuerte y estaba en forma. Les llevaba una buena ventaja a los demás, a excepción de Stewart Davenport, que corría a su lado y parecía que iba a ser difícil de vencer. Stewart era un amigo suyo que estudiaba en otro colegio. Cuando se les presentaba la oportunidad, hasta entrenaban juntos. Los demás chicos seguían en la carrera no muy detrás de Bobby y Stewart.

Bobby escuchaba cómo la gente aclamaba desde las tribunas. Tenía que ganar. En ese momento, justo a mitad de carrera, Stewart tropezó y cayó, gimiendo de dolor. Bobby volaba hacia adelante, sorprendido y triste por Stewart, que había estado corriendo muy bien y ahora parecía que se había lesionado y no podía levantarse.

De pronto, a Bobby le vino un pensamiento que pareció una locura. ¡Vuelve y ayuda a Stewart!

¿Qué? ¡De ninguna manera! Pensó Bobby. ¡Durante meses he entrenado mucho! No voy a renunciar a esta carrera y menos a propósito. Todos están mirando, mi familia, mis amigos, todo el colegio depende de mí. ¡Es una locura!

Pero al seguir corriendo, la delicada voz que le había hablado sonó más fuerte, hasta que casi le retumbaba en los oídos, rogándole que ayudara a su amigo. Bobby se dio la vuelta y corrió en dirección a



Stewart, que estaba sentado en el suelo frotándose el tobillo. Aquello hizo que James Arnette ganara la carrera. James no cabía de contento y la multitud lo ovacionó.

—Oye, ¿por qué hiciste eso? ¡Pudiste haber ganado la carrera! —le preguntó Stewart.

—No lo sé... simplemente sentí que tenía que hacerlo. Me pareció que era lo correcto —le contestó Bobby.

—Gracias, Bobby. Eres un gran amigo. Jamás olvidaré lo que hiciste por mí. ¡Cuando caí me sentí tan avergonzado, y al principio me dolía muchísimo! Me ayudó mucho tener un amigo a mi lado. ¡Eres un gran amigo!

Aquel acto solidario de Bobby aquel día en la pista de carreras de sexto grado, dio inicio a una amistad para toda la vida entre Bobby Hanson y Stewart Davenport. Bobby ganó algo mucho más valioso que simplemente una carrera; ganó un amigo especial para toda la vida. Casi todos los que presenciaron la carrera ese día coincidieron en que Bobby ganó en cualidades fundamentales: la generosidad y el desprendimiento.

